

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

La caza del bicielo.



Nuevo sport á que el Ayuntamiento ha dedicado á sus guardias, para que echen los hígados inútilmente durante el mes de Agosto. Para esta caza, según las personas serias, ha debido crearse un cuerpo especial de caballería.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Ya es tarde, por Luis de Ansorena.—Veraniegas, por Eduardo Bustillo.—Al café con la familia, por Juan Pérez Zúñiga.—Diálogos celestes, por José Estremera.—¡Qué viajes!, por Ricardo Monasterio.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Fragilidades, por Eustaquio Cabezón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: La caza del biciclo.—La agitación carlista (dos viñetas).—Actualidades (cinco viñetas).—Diálogos celestes (tres viñetas).—España cómica (Valladolid), por Cilla.

★

DE TODO UN POCO.

Ya les ha caído que hacer á los agüistas de Mondariz con la familia Goizcoerrochea. Hace ocho días que el papá, la mamá y la niña llegaron al referido establecimiento, y desde entonces los huéspedes de la fonda no disfrutaban de un solo instante de tranquilidad.

Porque la niña se pasa la existencia cantando *La verbena de la Palona* y *El dúo de la Africana* y *El Guernicaco Arbola* y todo cuanto ha criado Dios en el género musical callejero.

D. Pablo Goizcoerrochea, padre de la cantatriz, viene padeciendo desde el año 72 una gastralgia aguda, y su mamá, D.^a Sebastiana, tiene principios de diabetes sacarina; pero esto no obsta para que se dediquen día y noche á admirar á su hija, la gentil Restituta, que canta como un ángel, según dicen ellos.

En cuanto la chica tuvo once años y tres meses, Goizcoerrochea concibió el pensamiento de dedicarla al arte cómico-lírico para que llegara á ser otra Luisa Campos. Él había tocado la trompa en sus mocedades, y aunque en la actualidad vive alejado de la música, pues desempeña la plaza de administrador de un duque sordo y además es secretario de una cofradía, siente por el divino arte cierta inclinación irreprimible.

—Lo que siento es que Restituta no pueda atajar las notas agudas—había dicho Goizcoerrochea á su mujer.

—Puede que aún las ataque—dijo ésta.

—No lo espero. Á ella lo que la perjudica es el abuso del tocino. Ya sabes que no hay cosa peor para las cuerdas bucales.

—Bueno; pero no se la puede privar del tocino, porque la daríamos un disgusto muy grande.

La preocupación de aquel matrimonio llegaba á constituir una verdadera enfermedad.

El padre se pasaba la vida arrojando al fruto de sus amores para que no perdiese la sonoridad, y cada vez que el fruto tosía, comenzaba á afligirse y á decir pestes de la temperatura. En cierta ocasión hizo tapar con burlete todas las rendijas de la casa, y para poder respirar él y su señora tenían que subirse á los vasares y sacar la cabeza por un ventanillo de la cocina que daba al pasillo.

Restituta puede decirse que vivía bañada en su propio sudor, y poco á poco se le fueron cociendo las carnes hasta convertirse en bandolina; de modo que cuando quiso dedicarse al proscenio aquélla no era ya una mujer, sino una ración de merluza con tomate.

Después de mucho deliberar, los papás resolvieron persuadir á la chica de que aplazase su ingreso en el teatro hasta adquirir más desarrollo. Mientras esto no sucede, Restituta estudia sin cesar y se levanta cantando un aria y se acuesta entonando una habanera, y los agüistas de Mondariz están medio locos y algunos han dejado las aguas y el régimen higiénico, para salir á escape con dirección á Vigo y otras poblaciones inmediatas.

Por las noches, el matrimonio Goizcoerrochea y su niña acuden al salón de recreo, donde suelen lucir sus dotes algunas señoritas de España y Portugal. Hay una que canta el *Fado* con una dulzura extraordinaria y un movimiento de ojos divino.

—¡Qué voz!—dice un *dilletante* de Ribadeo.

—¡Qué ejecución!—añade otro de Castro-Caldelas.

Y entonces la mamá de Restituta, sin poderse contener, exclama:

—¡Ah! Pues si oyeran ustedes á mi niña... Ya ha querido contratarla Manini para el Teatro Martín, porque la oyó una noche por casualidad en casa de un apuntador que da festivales todos los jueves, pero por entonces la niña tenía un sarpullido por todo el cuerpo, y no quisimos que saliese al público con aquel cutis.

—¿Es tiple?

—Sí, señor; tiple cómica, tirando á contralto—interrumpe el padre,—con un registro medio muy hermoso y unos bajos muy limpios. En Pozuelo, el verano pasado, se puso á cantar una noche en las eras, y á poco más la prenden, creyendo que se había armado la revolución. Son muy brutos en los pueblos, ¿verdad usted?

—¿Y sigue estudiando?

—Sí, señor; la tenemos en el Conservatorio con Puntillo, el gran maestro, y además le da lecciones en casa un chico cajista, que fué músico de contrata y toca el clarinete.

En cuanto acaba de cantar la del *Fado*, Restituta se sienta ante el instrumento sonoro, y comienza á arrojar por aquella boca fusas y semifusas á torrentes. Muchos agüistas se levantan y salen á respirar al jardín; otros se desesperan y lanzan juramentos á media voz, y á casi todos ellos se le descompone el agua en el estómago.

—¡Chsssss! ¡Silencio!—grita la mamá de Restituta cuando alguien se permite despegar los labios.

—Ahora viene lo mejor—añade el papá de la tiple cómica.

Y ésta, que goza de un modo extraordinario mientras canta, y se cree una verdadera maravilla musical, repite una vez y otra las piezas de su repertorio, y pone el grito en el cielo hasta que la gente comienza á desfilar, llevándose las manos á la cabeza.

Hay un cura portugués, dispéptico tranquilo, que es el único que soporta aquel chaparrón musical, pero que acaba por dormirse arrimado á la pared. Cuando esto ocurre, entra en el salón un criado y dice con voz estentórea:

—Ea, señores, salgan ustedes, que voy á apagar.

Entonces los padres de Restituta se enfurecen y protestan contra aquella imposición.

—¿Conque es decir que se priva al público de un recreo lícito?—grita Goizcoerrochea.

—Ya quisieran que hubiese en todos los balnearios una artista como Restituta—añade la mamá, tapando á la niña con un mantón de ocho puntas para que no se constipe.—La culpa la tenemos nosotros, que hemos venido aquí, habiendo puntos lindísimos como Pozuelo y Alcalá de Henares.

—Vamos—dice el padre.—Éste será el último año de Mondariz.

Y la familia Goizcoerrochea abandona el salón, seguida por el cura portugués, «única persona decente» que veranea en Mondariz, según afirman los papás de Restituta.

* * *

Yo pensaba pasar unos días en aquel balneario, no porque me duela nada, sino por buscar asunto para mis artículos; pero mientras estén allí los Goizcoerrochea pienso vivir en mi casita, adonde no llegan los trinos de Restituta, ni las manifestaciones ridículas de algunas gentes que salen de Madrid con el único objeto de ponerse en evidencia.

Luis Taboada.

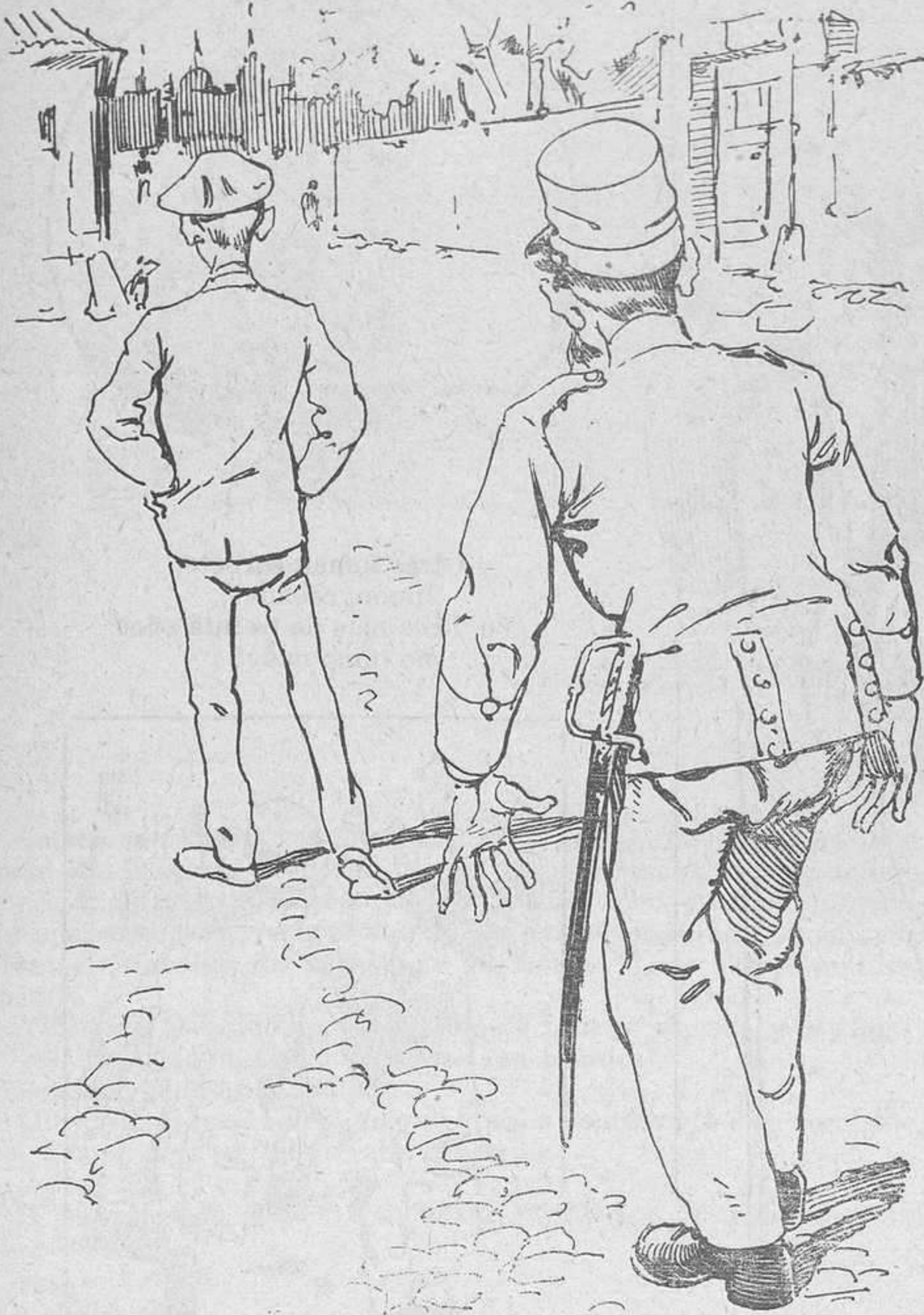
★

YA ES TARDE

Muy tarde has comprendido el delirante amor que te he tenido; y hoy que me llamas con afán, que creo un egoísmo refinado esconde, ni yo acudo á tu voz, ni mi deseo enterrado en los años te responde. No, Mercedes, jamás... De la locura del tiempo que pasó no queda nada... Esclavo de tu mágica hermosura, víctima te hice de mi amante asedio, y hoy vienes como reina destronada pidiendo de limosna la ventura á quien siente el sopor que causa el tedio! Ya el afán en mi mente se ha extinguido; ya han muerto para siempre mis pasiones; y miro las pasadas ilusiones como un pecado, por mi bien, vencido. Al fin hallé el descanso, tras de la ciega lucha y el anhelo, y soy, si ayer torrente, arroyo manso de limpias aguas que refleja el cielo. No enturbiarás con tu fatal presencia su curso cristalino y apacible... ¡Cuando deja el dolor casi insensible, da al hombre otra niñez, otra inocencia!... Supongo á lo que aspiras... Cansada del afán de tu existencia, la calma en que yo vivo acaso admiras, y piensas qué á mi lado hallarías la paz: el bien postrero del ser, á fuerza de gozar cansado... Pues es tarde... muy tarde... ¡Yo no quiero! No olvides nuestra historia... ¡no la olvides! y busca en otro lado la ventura... ¡Como tú me negaste tu hermosura, yo te niego la paz que ahora me pides!

Luis de Ansorena.

La agitación carlista.



—Boina, alpargatas, alto, delgadito, simpático... ¡Él es, de seguro!



—Joven, usted es D. Jaime, y se va usted á venir conmigo á la delegación ahora mismo.

—¿D. Jaime? ¡Qué más que te quisieras, pues! ¡El Chiquito de Choritoquieta, y gracias que te das!

AL CAFÉ CON LA FAMILIA

La madre.—¡Gracias á Dios que llegamos al café!

El padre.—Celebraré que el agraz no te dé tos.

Un chiquillo.—¡Cuánto gozo!

Otro.—Calla, Cucufate.

El pequeño.—Chero el tate.

La niñera.—(Chero el mozo.)

Pasa un mozo con coñac en dos botellas labradas y el padre rompe en palmadas cual si fuese de la clac.

El mozo.—Voy al momento.

La madre.—¿Quiere acercarse? ¿Qué helados pueden tomarse en este establecimiento?

El mozo, al galope.—Fresa, avellana, mantecado, piña, agraz, limón helado, vainilla, arroz y frambuesa.

El padre.—¡Qué rapidez!

La madre.—¡Qué atrocidad!

¿Tendría usted la bondad de repetirlo otra vez?

El mozo, un poco amoscado.

—Hay avellana, frambuesa, agraz, vainilla, arroz, fresa, limón, piña y mantecado.

Dan al mozo una gran lata.

Los niños piden, y el padre no la convence á la madre de que el helado la mata.

La madre.—A ver si me dejas...

Un niño, que es muy precoz.

—Quiero un sorbete de arroz.

Pero ha de ser con almejas.

El hijo mayor.—¡Yo sudol!

La madre.—¿Qué es eso, amor?

El niño.—¡Mamá, un dolor de tripas morrocotudo!

La madre.—¿Quieres salir?

El nene.—Ya, ¿para qué?

La madre.—¡Qué horror! ¡Ya sé lo que me quieres decir!

La niñera, al ver pasar á un mozo.—¡Pillo! ¡Bribón!

El mozo.—¡Calla! ¡Asunción!

Al fin te vuelvo á encontrar.

La niñera.—Harás que estalle.

Tú me perdiste, canalla.

Otro mozo.—Calla, calla.

Varias voces.—¡A la calle!

La niñera monta en ira

y el mozo, con la ponchera,

amenaza á la niñera,

que suelta al niño y le tira.

Y al ir á verte el chichón,

el padre empuja la mesa,

y el sorbete de frambuesa

le cae sobre el pantalón.

La madre, tosiendo á un lado.

—¡Ya me dió la tos ferina!

El padre.—¡Si sabes, Lina,

que á ti te mata el helado!

La madre.—Esas son bobadas.

El padre.—¿Sí? Ya verás.

Desde hoy no refrescas más

que judías estofadas.

El padre.—Mozo, ¿qué debo?

El mozo.—Veintidós reales.

(*Se asustan los comensales*

y le ponen como nuevo.)

La madre.—¡Vamos, José!

El padre, dando suspiros.

—¡Que me peguen cuatro tiros

si os traigo más al café!

Juan Pérez Sainza.

Veraniegas.

Vayan unas coplas,
hijas del verano,
mariposas alegres que vuelan
entre monte y llano.

Niña que hoy tiras al monte,
antes te vi en la ciudad;
gracias aquí me descubres
que me ocultabas allá.

Dabas tostadas de arriba
muy descotada en tu palco;
hoy, recortando la falda,
nos das tostadas de abajo.

Entre fonda y playa,
entre playa y fonda,
tengo, chica, de verte dar vueltas
la cabeza loca.

Yo sé bien, chiquilla,
cuál es tu esperanza:
que te salga un marido muy mono
de la mar salada.
Y los hombres son peces muy largos
y de mucha escama,
que, dejándote al fin sin el cebo,
se van por las mallas.

Por aquí al aire libre
también se juega,

y amarra las pelotas
quien más las pega.

Y hasta hay algún tunante
que, hecho un San Bruno,
ofrece en sus traviesas
ciento por uno.

No me digas que vienes
por aire fresco;
yo ya sé en estas cosas
lo que me pesco.

Fresco estará tu esposo,
según costumbre,
y tú por estas playas
echando lumbre.

Al pie de un chopo dormías
mientras cantó la cigarra;
las cosas que de ti dijo
á mí me escandalizaban.

Deja mar y valle y monte,
vuelve á Madrid, si te estimas;
que aquí hasta las cigarras
te tienen ya conocida.

Y allá van las coplas,
hijas del verano,
maliciosos insectos que vuelan
entre monte y llano.

Eduardo Bustillo.

San Sebastián 30 de Julio de 1894.



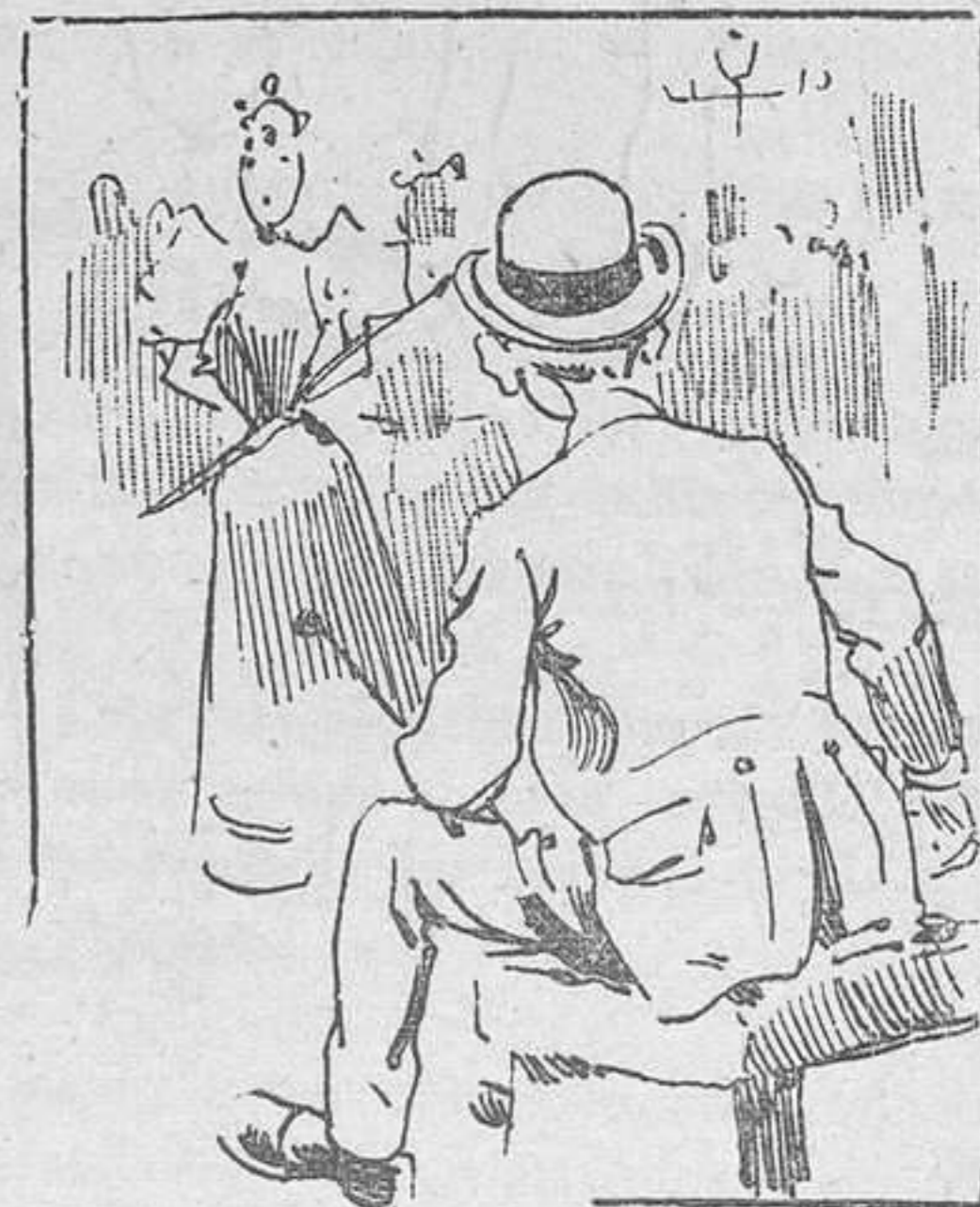
Actualidades.



—¡Qué sola estás, mujer! ¿Quieres que te haga compañía?
 —No, hijo; muchas gracias. En esta acera está la moral de orden del teniente alcalde.



—Otras toman sorbete, limón, cebada.
 ¡Yo, hace más de treinta años no tomo nada!



—¡Como haber Dios que me arranco si se sienta en este banco!



—Que sí, que iré al Retiro, prenda adorada... si me echas la peseta para la entrada.



—De modo, marqués, que usted no toma más baños...
 —No, conde; me habían dicho que el agua del mar era inofensiva, y resulta que se lleva el tinte del bigote. Y para mí, ya lo sabe usted, la juventud y la belleza son antes que todo.



Diálogos celestes.

I

Estaba san Pedro una mañana con la cabeza inclinada hacia la nube que le servía de alfombra, y la mano derecha formando una concavidad junto á la oreja del mismo lado, á cuyo pabellón servía de apéndice para recoger mejor las ondas sonoras, escuchando atentamente algo que pasaba en la tierra y que debía de interesarle.

Vióle san Cándido, que casualmente pasaba por allí, y le dijo:

—Perico, ¿qué estás haciendo en esa postura?

—Chist, calla un momento.

Obedeció el recién venido, que miraba asombrado á su compañero, el cual, después de un rato, continuó:

—Escucha tú también, que esto es muy curioso.

Y san Cándido se puso á escuchar, adoptando la misma postura de su amigo,

—Ya escucho.

—¿Qué oyes?

—Una voz de mujer... ¡Ah, picarón!

—No; es una vieja.

—¿Y habla contigo?

—Sí.

—Pues ¿cómo dice «Padre nuestro que estás en los cielos», si tú no has sido padre de nadie?

—Es un decir. Como ella no sabe más oración que la del *Padre nuestro*, me la encaja á mí, como se la hubiera encajado á mi gallo ó al águila de san Juan si los creyera santos.

En esto san Cándido soltó la carcajada.

—¿De qué te ríes?—le preguntó san Pedro.

—¡Es muy gracioso. ¿Pues no te está diciendo ahora que llenas de gracia y que bendito sea el fruto de tu vientre!

—Es claro; sigue aplicándome el *Ave María*. La verdad es que ya podían los mortales haber compuesto una oracioncita para su uso particular.

—Pues, hijo mío, yo no la echo de menos.



—¿Por qué?

—Porque á mí nadie me reza, ni tengo altares en ninguna parte, ni hay quien se acuerde... ¡iba á decir del santo de mi nombre, lo cual en mi boca sería un disparate.

Siguieron los dos escuchando un rato, y á poco, san Pedro, abandonando su postura, exclamó:

—Basta; eso sí que no lo aguanto.

—¿Qué es?—dijo san Cándido enderezándose también.

—Que ahora va á rezarme un rosario, y eso de que mellame cincuenta veces seguidas *Santa María y stella matutina* para remate no lo puedo sufrir.

—Pero ¿tú no aprecias á tus devotos? ¡Eres bien desagradecido!

—A ésta no la puedo aguantar.

—¿Por qué, si parece que te quiere tanto?

—No lo creas; ni pizca. Con todos esos rezos trata de sobornarme para que cuando se muera le abra las puertas del cielo; ¡pero buen chasco ha de llevarse!

—¿Tan mala es?

—Ahora no es mala ni buena; no es más que rezona; no sale de la iglesia y se gasta mucho dinero en velas para mi altar; pero yo no quiero velas compradas con un dinero mal ganado.

—¿Cómo lo ganó?

—Lo ganó porque era... Mira si hay por ahí alguna de las Once mil Vírgenes.

—Nadie nos oye.

—Bien, pues era... ¡una vengadora!

—¡Vengadora!... y ¿de quién se vengaba?

—¿Cómo?... ¡Ah! Había olvidado que estaba hablando con san Cándido bendito. Una vengadora es una...

Lo demás se lo dijo al oído.

II

—¿Sabes, querido Pedro—dijo á otro día san Cándido á su amigo,—que esa antigua pecadora devota tuya ha llegado á interesarme muy de veras?

—¡Hombre! ¿sí? ¿Y cómo ha sido eso?

—Anoche oí que te estaba rezando y me puse á escuchar. ¡Jesús bendito!, ¡qué cosas te decía! Parece que la estoy oyendo. «¡Ay, santo mío! ¿por qué no me habré acordado antes de tí? Otro gallo, el tuyo, me hubiera cantado. Yo he sido mala, muy mala; pero si se mira bien, no he tenido toda la culpa.. Era muy niña, y un seductor...» ¡Oh, quién pudiera volver á aquella edad de la inocencia! Un camino muy distinto seguiría ahora. Después, sí, fui culpable

» pero la riqueza me cegó. Tuve trajes, coches, joyas, palacios... Me ví halagada portodos y envidiada por muchas... ¿Por qué ha de estar sembrado de flores el camino del vicio? Otra vez no me dejaría engañar por su falso aroma...» Todo eso y más te decía la pobre; pero con un recogimiento, con un fervor, con una fe, que indudablemente la hace digna de que la perdones y le abras en su día las puertas de esta santa casa.

—¡Ay, Cándido mío, cuánto lo eres!

—Seré todo lo que quieras; pero esa mujer merece que se la abuelva, y ahora mismo voy á interesarme con el arcángel encargado del ramo de perdones para que se le otorgue inmediatamente.

—Espérate un poco, hombre, espérate un poco. Ya que tanto interés manifiestas por esa individua, voy á hacer por ella, en obsequio tuyo, lo que no he hecho por nadie.

—¿Qué vas á hacer?

—Ya lo verás. Déjame á mí, y te aseguro que has de quedar satisfecho.

III

Algunos meses después estaban los dos santos amigos tomando el fresco en uno de los balcones del cielo, entretenidos en ver la gente que pasaba por las calles de la tierra.

—¡Estrellitas!—dijo de pronto san Cándido, usando una interjección celeste. —¡Qué muchacha tan guapa va en aquella carretela!

—¡Constelaciones! Es cierto; es lindísima.

—¡Y tiene una cara de bondad!... Esa mujer de fijo es muy buena... ¿No lo dije? Ahí lo tienes: manda parar su magnífico coche á la puerta de la iglesia... Y es osritativa además.

—¿Sí?

—¿No ves? Se le acerca una viejecita, y ella abre su ridículo sin duda para darle una limosna.



—Pero ¡Cándido!

—¡Pericol!

—¡Que siempre has de estar dando la razón al nombre que llevas!

—¿Por qué?

—¡No seas infeliz! Has de saber que esa mujer entra en la iglesia por complacer á su amante, que aunque pecador es buen cristiano. Y entra por esa puerta para salir por la otra, donde la espera un galán que es muy de su gusto. Y lo que le entregó á la vieja, que á ti te pareció limosna, no es sino un billetico amoroso muy bien dobladito, que por medio de esa vieja, que bajo la apariencia de mendiga oculta su oficio de zurcidora de voluntades, manda á un tercer adorador, tan pródigo como enamorado.

—¡Ah, grandísima pícara! ¡Esas tenemos! ¡Cabe tanta malicia en ese cuerpecito angelical! Ahí tienes: lo que es á ésa no le abriría yo las puertas del cielo aunque se pusiera en cruz.

—¡Vaya, me alegro de que hayas caído de tu burro!

—¿Pues?...

—Has de saber ¡infeliz! que ésa es precisamente la misma por quien tú te interesabas.

—¡Cómol! ¡Si aquélla era una vieja!

—Pero yo la he convertido en joven para que te convenzas de

que la devoción que me tenía y la virtud que aparentaba no eran tan sinceras como suponías.

—¡Pues entonces no pecaba y además te rezaba tanto!

—A los sesenta años ¿qué otra cosa podría hacer?

José Estremera.

¡Qué viajes!

¡Qué baraúnda tan espantosa la que hay en casa de doña Rosa, de la que es dócil y buen esposo don Zacarías Sánchez Beloso, quienes son padres de siete chicas todas solteras, aunque son ricas, pues según dice siempre la madre y corrobora después el padre, trimestralmente cobran cupones, y las muchachas tienen acciones que se cotizan según la traza, en cualquier bolsa de cualquier plaza! Esta familia todos los años tiene costumbre de tomar baños, y como puede gastar dinero, recorre España y el extranjero.

—¡Que Margarita (que es la primera) tiene una sangre que se le altera? Pues es preciso para ella sola una quincena de baños de ola. De Guadalupe no digo nada, es una chica tan delicada que, entre molestias y enfermedades, sufre cien irregularidades, y á esta muchacha le son urgentes vapores más reconstituyentes, y es necesario dejar la playa ó ir á Ontaneda ó ir á Besaya. También la madre sufre lesiones en no sé qué órganos ó en qué funciones, y á doña Rosa le es necesario no dejar nunca su balneario, que está en un punto del extranjero donde se gasta mucho dinero. Y hoy que hacen todos el equipaje por ser el día

de tal viaje, ¡qué baraúnda tan espantosa hay en la casa de doña Rosal Nueve baúles, doce maletas, llenos aquéllos y éstas completas; quince envoltorios catorce cajas con mil cintajos y zarandajas. —¡Que los adornos! —¡Los añadidos! —¡Que los sombreros! —¡Que los vestidos! —¡Que las esencias! —¡Las emulsiones! —¡Que la pomada! —¡Que las pociones! —¡Que no se olvide lo más preciso y que tengamos un compromiso!... Hay diez vecinas allí presentes que traen y llevan muy diligentes, y envidian todas aquel viaje que necesita tanto equipaje. Por fin, al cabo de tal jornada llega la hora tan esperada. Los mozos suben, se cargan todos, cogen los bultos con buenos modos, en esperanza de la propina. No falta á verlo ni una vecina. Reparten besos, mil apretones, cien despedidas á los balcones. El del pescante la fusta suelta, voces y gritos y ¡hasta la vuelta!

No está, con mucho, la estación sola: don Zacarías forma en la cola; veinte minutos sufre de espera; saca dinero de la cartera, y al del despacho, sin dar un grito, dice el buen hombre muy despacito, por la rejilla metiendo el pelo: —Nueve tercetas para Pozuelo.

Ricardo Monasterio.

MINIATURA

Yace aquí Juan Fernández, muerto en riña, de un navajazo, por cuestión de celos. Él y su matador eran amigos, camaradas de bromas y bureos,

y hombres de armas tomar, valientes ambos, temibles en las tascas y en el juego.

Se enamoraron ambos de una moza de labios encarnados y ojos negros que hizo cara á los dos, de puro buena, por el temor de hacerles un desprecio, y en aquel punto y hora, de repente, los lazos amistosos se rompieron como se rompe y salta hecha pedazos la roca á los impulsos del barreno.

Fué minando las almas el salvaje rencor, acumulándose en los pechos, y al estallar incontrastable un día puso en las manos el terrible acero.

Solos los dos, de noche, en un barranco, por el amor brutal locos y ciegos, el querer se jugaron de la moza en bárbaro combate cuerpo á cuerpo.

Juan Fernáñez cayó. Quedó olvidado con la navaja abierta entre los dedos, y la justicia le enterró de balde después de emborronar algunos pliegos.

Yace aquí. Cuando pases por su tumba pide ¡oh cristiano! su perdón al cielo: ¡murió por la mujer, única muerte que no es un disparate manifiesto!

Sinesio Delgado.

FRAGILIDADES

(A MI QUERIDO AMIGO CONSTANTINO GIL)

—Buenos días, Alejandro.
—¿Cómo está usted, doña Petra?
—¡Muy contrariada!
—¡Pues cómo!... y pico de edad que cuenta,
—¿Usted se acuerda de aquella muchacha á quien yo mandaba por varias cositas sueltas alguna vez?
—Sí, señora:
—¿Una muchacha morena, muy francota, muy alegre...
—Sí, bastante desenvuelta, por desgracia.
—¿Qué ha pasado?
—¡Pues, hijo, una friolera!

Como á mi señor marido le gustan las hijas de Eva á pesar de los diez lustros á pesar de los diez lustros, en cuanto tomo una chica, alta ó baja, guapa ó fea, se me erige en don Quijote... ¡y á rendir á Dulcinea con suspiros, galanteos, atenciones y ternezas! Figúrese usted, á su edad meterse en tales empresas un hombre que apenas puede con los calzones que lleva!... Pues el sábado pasado

¡zas! los cacé en la despensa, en la actitud que los pintan á Romeo y á Julieta. Qué tal, eh?

—Tendrían ganas de merendar, doña Petra.
—¡Ah! pero no es eso solo, sino que la muy ratera, á quien despedí en seguida, se ha llevado, que yo sepa: siete pañales de Holanda, seis mantillas de franela, cinco de piqué francés, tres fajitas-ombliagueras, dos gorras de brillantina y cuatro braguitas nuevas. ¿Qué le parece á usted esto?
—¡Una canastilla entera!
—Tiene usted razón!... En fin... á ver si usted se interesa en proporcionarme alguna muchacha que sea buena. Y ahora vamos á ver si me da usted una seda para el fondo de una falda.
—¿En qué tono?

—Pues quisiera malva... heliotropo... morado... ó de color eminencia. Puro prontito.

—En seguida.

Aquí tiene usted.

—¿A cómo es ésta?

—A doce reales.

—¡Jesús!

No tendría yo vergüenza si diese ese dineral por...

—Pues vale más.

—¿De veras?

¡Qué alegrate se iba usted á poner si se lo diera! Pero hijo... quiero gastar, á lo sumo, dos pesetas.
—Voy á sacarle á usted entonces otra clase más ligera...
—¡Ay! no me la saque usted, por Dios, que hace ya hora y media que debía estar en casa.
¡Vamos, no sea usted pelmal! Mida usted... son ocho paños... diez varas, ¡pero á concienca!...
¿Conque va usted á mandarme cuanto antes una doncella, joven más bien, agraciada, y á ser posible perfecta?
—¡No, señora!

—Hombre, ¿por qué?

—Porque si tiene esas prendas, ¡de seguro se repite el lance de la despensa!

Eustaquio Cabezon.

CHISMES Y CUENTOS.

Según los despachos telegráficos de Valencia, figuran en la dotación de la escuadra inglesa ochocientos marineros católicos; según los telegramas de Barcelona, son mil ochocientos.

Supongo que aquí habrá un *lapsus*, porque, por mucha virtud que queramos conceder á las aguas del Mediterráneo, se me hace un poco duro de pelar eso de que sean capaces de convertir al catolicismo mil personas en un par de días...

¡Cielos! ¿Habrá hecho el milagro Guerrita, que es el santo de nuestra devoción á la hora presente?

Porque como dicen que toreando en presencia de los hijos de Albión estuvo sublime...

ESPAÑA CÓMICA.

VALLADOLID



Siempre atracado en una moda, pero no se lo digan VV.I.



De la calle del Sacramento



L osporta les de la cruz



Un pistolo de la Universidad.



Vino de Roditana a comprar un sombrero en el Bolo de la Antigua, pero ¡yo se vel le tiz becho jantes encargos.



Un Rato de aquí



Para moños espiaditos ¡los de Tordesillas!



De la calle de Santiago al arco de ladrillo. Tomamos el apunte de espaldas... porque hoy no han salido a paseo las niñas bonitas



Echando pan a los peces de la cascada



De la Academia de caballería



En todas las esquinas



La torre de la Antigua



De tierra de Medina del Campo

«El que toma, á dar se obliga»,
dice un añejo refrán.
Juan ha tomado un reloj,
y ha dado... en la cárcel Juan.

FRANCISCO DE P. CHABRÁN.

Leo:
«Una empresa francesa ha tomado en arriendo por veinte años el Teatro Moderno.

Parece que el objeto de la citada empresa es establecer un espectáculo semejante á *folies bergeres* de París.»

¡Ay, ay, ay! ¡Cuánto se lo vamos á agradecer los chicos calaveras!
Sólo falta que el gobernador la tome también con las *folies* cuando se acaben tarde, que sí se acabarán, y que los Padres de familia se den por resentidos, que sí se darán.

¡Y en broma ó de veras, el caso es que es posible que nos sieguen en flor las ilusiones doradas!

A un chiquillo que tenía
Lucía, un beso le dió.
¡Ah! ¡Cuál fuera mi alegría
si el chico fuera Lucía,
y Lucía fuera yo!

MANUEL ESCALANTE.

Por las costas del Riff
no se puede pasar,
porque los moros tienen unos cárabos muy bonitos, con los cuales se lanzan al abordaje y dejan los barcos limpios como patenas.

Recientemente han sido víctimas de esta delicada operación un barco inglés y otro francés... con tripulación española.

Lo malo del caso es que se susurra por ahí que ambos conducían contrabando de armas. Es decir, que todo se nos vuelve echar pestes contra los rifeños por sus «atropellos incalificables», pero empezamos por llevarles fusiles para que nos atropellen con mayores probabilidades de buen éxito.

Y esto es jugar con dos barajas, ¡qué diantre!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cansaco y C.^a—Inmoral, si á usted le parece, y un poquito corto el antepenúltimo verso.

Luis.—No es publicable el primero...
ni el segundo. ¡Ni el tercero!

Sr. D. R. S.—Además de que el asunto no es todo lo limpio que fuera menester, la forma es un tantico ramplona.

K. D. Nilla.—No estaría mal en su álbum. Al resto de los mortales que

no son *ella* les interesa poco el asunto. Las amorosas han de tener *carácter general*... ¿usted comprende?

Sr. D. J. C.—Demasiado candor y sobrada inocencia en los asuntos.

Cursi.—Conozco la letra, y algo de usted hemos publicado, me parece. Esta composición, la verdad, no la entiendo. ¡Está la idea tan confusa!

Sr. D. F. G.—Varonil y enérgico sí es. Claridad en el asunto es lo que le hace falta.

Sr. D. R. D.—Se agradece sinceramente la atención. La idea es demasiado vulgar.

Sr. D. F. D.—Nada de dedicar versos á las vecinas... Eso está prohibido hace mucho tiempo. Y si se les dedican algunos, bueno será que tengan la medida que les corresponda.

Cemborian.—No es larga y resulta pesada. Conque saque usted la consecuencia.

Sr. D. E. L. de S.—Los versos no están todos bien medidos, desgraciadamente. Y respecto al artículo, como no podemos admitir ninguno...

G. S.—Valencia.—No puedo aprovechar ninguno de los cinco. Tienen poca gracia, pero otra vez será, ¡qué demonio!

El loco.—Se ha hecho mucho de eso. Tanto que en este mismo número se publica una composición de asunto parecido, aunque con más novedad en la forma, á Dios gracias.

Lobo.—Sí, yo supongo que tendrá fin más temprano ó más tarde. Lo que podía ser inacabable era eso, si se quisiera.

Sor Presa.—Hay que andar con cuidado en ese género de composiciones, porque á lo mejor resulta tan cursi como las becquerianas, aunque por otro estilo.

Seis y ocho.—Bastante malita, por cualquier lado que se la mire.

Sr. D. L. E.—Madrid.—Siento mucho no poder aceptar sus proposiciones, pero tengo tanto que hacer que... ya me contentaría yo con las ocho horitas de trabajo.

Rodajas.—Vulgares las tres. ¡Por Dios! no insistan ustedes en eso del padre que da un *estacazo* cuando *ella* recibe ó va á recibir el *abrazo* correspondiente.

Sr. D. J. de P.—Vaya, de las dos cosas publicaré una:

«Ayer le picó un mosquito
á don Francisco Crevino
y le quedó la nariz igualita
que un pepino.»

Guarreo.—Mándela usted de nuevo firmada, y se publicará á la mayor brevedad.

Sr. D. E. de P.—En los *Tallos*, aparte la escasa novedad del asunto, abundan las asonancias lastimosamente, desluciendo todo. *El Consejo* está demasiado diluido. Sobra más de la mitad.

Sr. D. J. R. P.—Hace muchos años empleó ese sistema en sus sonetos Manuel del Palacio; ello se puso de moda inmediatamente y se abusó hasta la saciedad. De ahí que ahora no haga efecto.

Cantares.—Ni el asunto ni el estilo son muy recomendables, que digamos. Precisamente eso de los cuentos tiene más intrínquilis de lo que parece.

Petaquilla.—De las seguidillas con una incongruencia gorda al final digo lo mismo que del sistema de sonetos citado más arriba.

Curritaco Remoique.—¿Consonantas con *estoque*?

¡No estás tú mal pedazo de alcornoque!

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o
Teléfono 834.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO